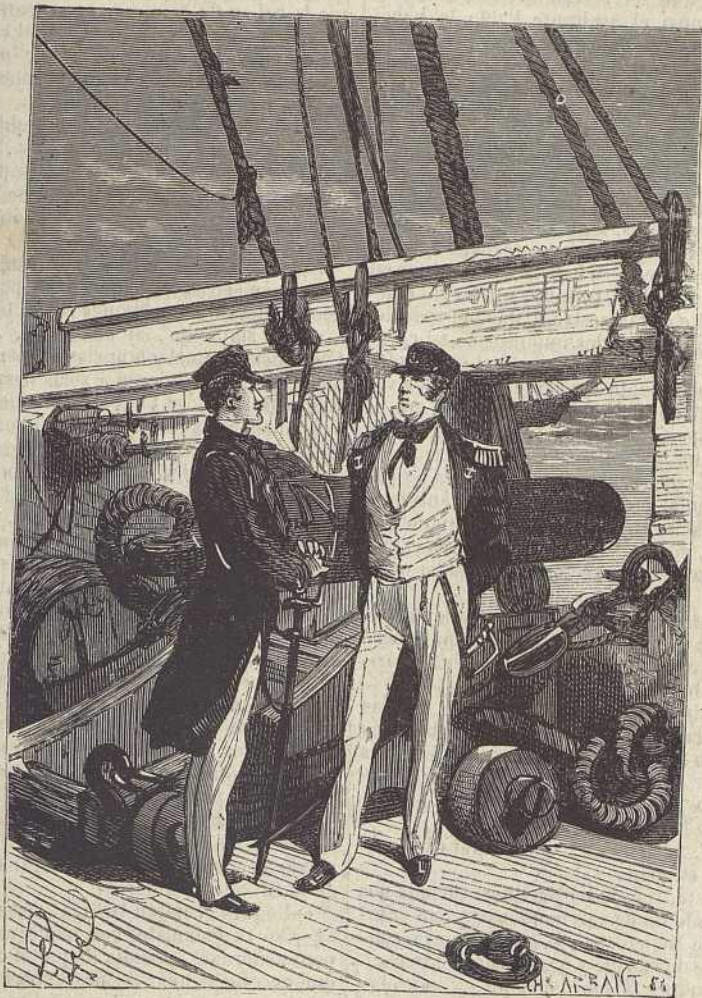


JULIO VERNE.

UN DRAMA EN MÉJICO.



UN DRAMA EN MÉJICO.⁽¹⁾

I:

DE LA ISLA DE GUAJAN Á ACAPULCO.

El 18 de octubre de 1825, *El Asia*, navío español de alto bordo, y *La Constancia*, bergantín de ocho cañones, recalaban en la isla de Guajan, una de las Marianas. Hacia seis meses que estos buques habian salido de España, y sus tripulaciones, mal alimentadas, mal pagadas y abrumadas de fatiga, se agitaban sordamente en proyectos de rebelion.

Los síntomas de indisciplina se habian revelado mas especialmente á bordo de *La Constancia*, mandada por el capitán Ortega, hombre de hierro, incapaz de doblegarse á nadie. Ciertas averías graves tan imprevistas que no podian atribuirse sino á la malevolencia, habian detenido el bergantin en su trave-

sía, y *El Asia*, mandada por don Roque de Guzuarte, se habia visto obligado á recalcar con él. Una noche la brújula se habia roto no se sabe cómo; otra faltaron los obenques de mesana, como si hubieran sido cortados y el palo cayó con todo su aparejo. En fin, las trozas del timon se habian roto dos veces durante una importante maniobra.

La isla de Guajan, como todas las Marianas, depende de la capitania general de Filipinas. Los españoles, estando allí en su casa, pudieron reparar prontamente sus averías.

Durante aquella estancia forzada en tierra, Ortega instruyó á don Roque de la relajacion que habia observado en la disciplina á bordo del bergantin y los dos capitanes convinieron en redoblar su vigilancia y severidad.

Ortega tenia que vigilar especialmente á los hombres de su tripulacion; el teniente Martinez y el gaviero José.

El teniente Martinez, habiendo comprometido su dignidad de oficial en los conciliábulos del castillo de

(1) Esta novela forma parte de los ensayos del autor, anteriores á la publicacion de *Las Cinco semanas en globo*.

proa, había tenido que ser arrestado muchas veces, y durante este tiempo el aspirante Pablo le había reemplazado en las funciones de teniente de *La Constancia*. En cuanto al gaviero José era un hombre vil y despreciable, que no pesaba los sentimientos sino á peso de oro, y que en estas circunstancias se vió estrechado de cerca por la honradez del contra-maestre Jacobo, en quien Ortega tenía entera confianza.

El aspirante Pablo era uno de esos hombres escogidos, francos y vigorosos, á quienes la generosidad inspira grandes acciones. Huérfano, recogido y educado por el capitán Ortega, se habría hecho matar en obsequio de su bienhechor. Durante sus largas conversaciones con el contra-maestre, Pablo, llevado del ardor de su juventud y de los impulsos de su corazón, hablaba sin cesar de la ternura filial que profesaba á Ortega, y el valiente Jacobo le estrechaba vigorosamente la mano, porque comprendía lo que el aspirante sabía espresar tan bien. Así, Ortega tenía dos hombres adictos en quienes podía confiar absolutamente; pero, ¿qué podían los tres contra las pasiones de una tripulación indisciplinada? Mientras se ocupaban día y noche en dominar el espíritu de discordia, Martínez, José y los otros marineros caminaban adelante en sus proyectos de rebeldía y de traición.

La víspera del día en que debían darse á la vela el teniente Martínez se halló en Guajan, en una taberna, con algunos contra-maestres y unos veinte marineros de los dos buques.

—Camaradas, decía Martínez, gracias á las averías que tan afortunadamente han sobrevenido el bergantín y el navío han tenido que recalar en las Marianas y he podido venir aquí á tener una conversacion secreta con vosotros.

—¡Bravo! dijo la asamblea á una voz.

—Hable usted, mi teniente, dijeron varios marineros, y díganos su plan.

—Mi plan es este, respondió Martínez. Cuando nos hayamos apoderado de los dos buques haremos rumbo á las costas de Méjico. Sabeis que la nueva confederación carece de marina y por consiguiente comprará nuestros buques á ojos cerrados, y no solamente nos dará las pagas atrasadas, sino además el precio de venta, que repartiremos entre todos.

—¡Convenido!

—¿Y cuál será la señal para dar el golpe al mismo tiempo á bordo de los dos buques? preguntó el gaviero José.

—*El Asia* lanzará un cohete, respondió Martínez, y esa será la señal. Somos diez contra uno y los oficiales del navío y del bergantín quedarán hechos prisioneros, antes de que tengan tiempo de saber lo que les pasa.

—¿Cuándo se dará la seña? preguntó uno de los contra-maestras.

—Dentro de algunos días, cuando llegemos á la altura de la isla de Mindanao.

—Pero los mejicanos, ¿no recibirán nuestros buques á cañonazos? preguntó el gaviero José. Si no me engaño la confederación ha dado un decreto para vigilar á todos los buques españoles, y en vez de oro podrían enviarnos hierro y plomo.

—Tranquilízate José. Ya nos daremos á conocer, y de lejos, replicó Martínez.

—¿Y cómo?

—Ízando en el tope de nuestros palos el pabellón de Méjico.

Diciendo esto, el teniente Martínez desplegó á la vista de los sublevados un pabellón verde, blanco y rojo.

Un triste silencio acogió la aparición de aquel emblema de la independencia mejicana.

—¿Echas de menos ya la bandera de España? es-de proa.

clamó el teniente, en tono de burla. Pues bien, los que la echen de menos que se separen de nosotros y vayan á ponerse á las órdenes del capitán Ortega y del comandante don Roque. Por nuestra parte no queremos ya obedecerles y sabremos en breve reducirles á la impotencia.

—¡Sí, sí! exclamó toda la asamblea á una voz.

—Compañeros, repuso Martínez, nuestros oficiales cuentan con los vientos aliseos para vogar hacia las islas de la Sonda; pero les enseñaremos que sin ellos se pueden correr bordadas contra las Monzones del Océano Pacífico.

Los marineros que asistían á aquel conciliábulo secreto se separaron entonces, y por diversos caminos volvieron á sus buques respectivos.

Al día siguiente, al amanecer, *El Asia* y la *La Constancia* levantaron anclas, y poniendo la proa al Sudoeste, se dirigieron á velas desplegadas hacia la Nueva Holanda: el teniente Martínez había vuelto á desempeñar sus funciones; pero por orden del capitán Ortega era vigilado de cerca.

Entre tanto, Ortega se veía acometido de sinistros presentimientos. Comprendía cuán inminente era la caída de la marina española, que sería arruinada por la insubordinación. Además, su patriotismo no podía acostumbrarse á los reveses sucesivos que abrumaban á su país y á los cuales había puesto el sello la revolución de los Estados mejicanos. Algunas veces hablaba con el aspirante Pablo de estas graves cuestiones y principalmente de lo relativo á la antigua superioridad de las escuadras españolas en todos los mares.

—Hijo mío, le dijo un día, no hay disciplina entre nuestros marinos. Los síntomas de rebelión son mas particularmente visibles á bordo de este buque, y tengo el presentimiento de que alguna indigna traición me ha de quitar la vida. Pero en ese caso tú me vengarás: ¿No es verdad que me vengarás, vendiendo al mismo tiempo á la España, á quien se trata de herir con mi muerte?

—Lo juro, capitán Ortega, respondió Pablo.

—No te enemistes con nadie en este bergantín, pero acuérdate, cuando llegue el día, hijo mío, de que en este tiempo de desgracias el mejor modo de servir á su país es vigilar primero, y despues castigar, si es posible, á los miserables que quieren hacerle traición.

—Prometo morir, respondió el aspirante; sí, morir si es necesario para castigar á los traidores.

Hacia tres días que los dos buques habían salido de las Marianas. *La Constancia* marchaba, gran largo y con buena brisa. Este bergantín, gracioso y esbelto, rasaba el agua inclinándose hacia atrás su arboladura, y saltando sobre las olas que cubrían de espuma sus ocho cañonadas de á seis.

—Doce nudos, teniente, dijo un día el aspirante Pablo á Martínez. Si continuamos así, navegando viento en popa, la travesía no será larga.

—Dios lo quiera, porque hemos padecido mucho, y ya es preciso que tengan término nuestros padecimientos.

El gaviero José se hallaba en aquel momento cerca del castillo de popa y escuchaba las palabras del teniente.

—No debemos tardar en dar vista á tierra, dijo entonces Martínez en alta voz.

—La isla de Mindanao, respondió el aspirante. Estamos, en efecto, á 140 grados de longitud Oeste y 8 de latitud Norte, y si no me engaño, esa isla está á los...

—A los 140 grados 39 minutos de longitud y 7 grados de latitud, replicó vivamente Martínez.

José levantó la cabeza, y despues de haber hecho una seña imperceptible, se dirigió hacia el castillo

—¿Está usted de cuarto de media noche, Pablo? preguntó Martínez.

—Sí, teniente.

—Ya son las seis de la tarde, debe usted retirarse. Pablo se retiró.

Martínez permaneció solo en la toldilla y dirigió la vista hacia *El Asia*, que navegaba á sotavento del bergantín. La tarde estaba magnífica y hacia prever una de esas hermosas noches, que son tan fáciles y magníficas bajo los trópicos.

El teniente buscó en la oscuridad á los hombres de cuarto y conoció á José y á los marineros, con quienes había hablado en la isla de Guajan.

Por un instante se acercó al hombre que estaba al timón y le dijo algunas palabras en voz baja, después de lo cual se retiró.

Sin embargo, hubiera podido observarse que la barra se inclinaba un poco mas al viento, de tal suerte, que el bergantín no tardó en acercarse sensiblemente al navío de línea.

Contra la costumbre de á bordo, Martínez se paseaba á sotavento, á fin de observar mejor *El Asia*. Inquieto y atormentado, daba vueltas con la mano á la bocina.

De repente se oyó una detonación á bordo del navío.

Al oír la seña, Martínez saltó sobre el banco de cuarto y con voz fuerte, dijo:

—¡Todo el mundo arriba! ¡A cargar las velas bajas!

En aquel momento, Ortega, seguido de sus oficiales salió de la toldilla, y dirigiéndose al teniente, preguntó:

—¿Por qué esa maniobra?

Martínez, sin responderle, se bajó del banco y corrió al castillo de popa.

—¡Abajo la barra! mandó, ¡las brazas de babor á proa! ¡bracead! ¡larguen la escota del foque mayor!

En aquel momento se oyeron nuevas detonaciones á bordo de *El Asia*.

La tripulación obedeció las órdenes del teniente y el bergantín, tomando vivamente el viento se detuvo, inmóvil, al paio.

Ortega, volviéndose entonces á los pocos hombres que estaban á su lado, exclamó:

—¡A ellos, mis valientes!

Y luego, adelantándose hacia Martínez, añadió:

—¡Prended á ese oficial!

—¡Muera el comandante! respondió Martínez.

Pablo y dos oficiales sacaron la espada y amartillaron la pistola. Algunos marineros, guiados por Jacobo, se lanzaron para sostenerlos; pero detenidos inmediatamente por los amotinados, fueron desarmados y reducidos á la impotencia.

Los soldados de marina y la tripulación se formaron á lo ancho del buque y se adelantaron contra sus oficiales. Los hombres fieles, acorralados en la toldilla, no tenía mas que un partido que tomar, que era lanzarse sobre los rebeldes.

Ortega dirigió el cañon de su pistola contra Martínez.

En aquel momento se lanzó un cohete desde *El Asia*.

—¡Somos vencedores! exclamó Martínez.

La bala de Ortega fué á perderse en el espacio.

La lucha no fue larga. El capitán atacó al teniente cuerpo á cuerpo; pero pronto, abrumado por el número y gravemente herido, cayó en manos de los rebeldes, y sus oficiales, pocos instantes después, sufrieron la misma suerte.

Se izaron entonces faroles en el bergantín, respondiendo á los de *El Asia*.

La rebelion había triunfado igualmente á bordo del navío.

El teniente Martínez era dueño de *La Constancia*,

y sus prisioneros fueron encerrados todos juntos en la cámara del consejo.

A la vista de la sangre se habian despertado los instintos feroces de la tripulación. No bastaba haber vencido, era preciso matar.

—¡Mueran! exclamaron muchos de aquellos furiosos. Solo los muertos no hablan.

El teniente Martínez, á la cabeza de los mas sanguinarios se lanzó hacia la cámara del consejo, pero el resto de la tripulación se opuso á aquel asesinato y los oficiales se salvaron.

—Traedme al puente al capitán Ortega, dijo Martínez.

Los marineros obedecieron.

—Ortega, dijo Martínez, yo mando en los dos buques. Don Roque está prisionero como tú. Mañana os abandonaremos á los dos en una costa desierta, y después haremos rumbo hacia los puertos de Méjico, y estos buques serán vendidos al gobierno republicano.

—¡Traidor! respondió Ortega. Estableced las velas bajas y prepararse para ceñir el viento. Que lleven este hombre á la toldilla y le aten.

Diciendo así, señaló á Ortega y los marineros obedecieron.

Los otros á la bodega. Prepararse para virar por delante. ¡Adelante, firmes, camaradas!

La maniobra fue prontamente ejecutada. El capitán Ortega se encontró bajo el puente del navío, cubierto por la cangreja, y todavía se le oía llamar á su teniente infame y traidor.

Martínez, fuera de sí, se lanzó á la toldilla con un hacha en la mano. Los marineros le impidieron que llegase hasta el capitán; pero con brazo vigoroso cortó las escotas de la cangreja, y la botavara, violentamente impulsada por el viento, cayó sobre la cabeza de Ortega y le rompió el cráneo.

Un grito de horror se levantó en el bergantín.

—Muerto por accidente, dijo el teniente Martínez. Arrojad ese cadáver al mar.

Fue obedecido como lo había sido antes.

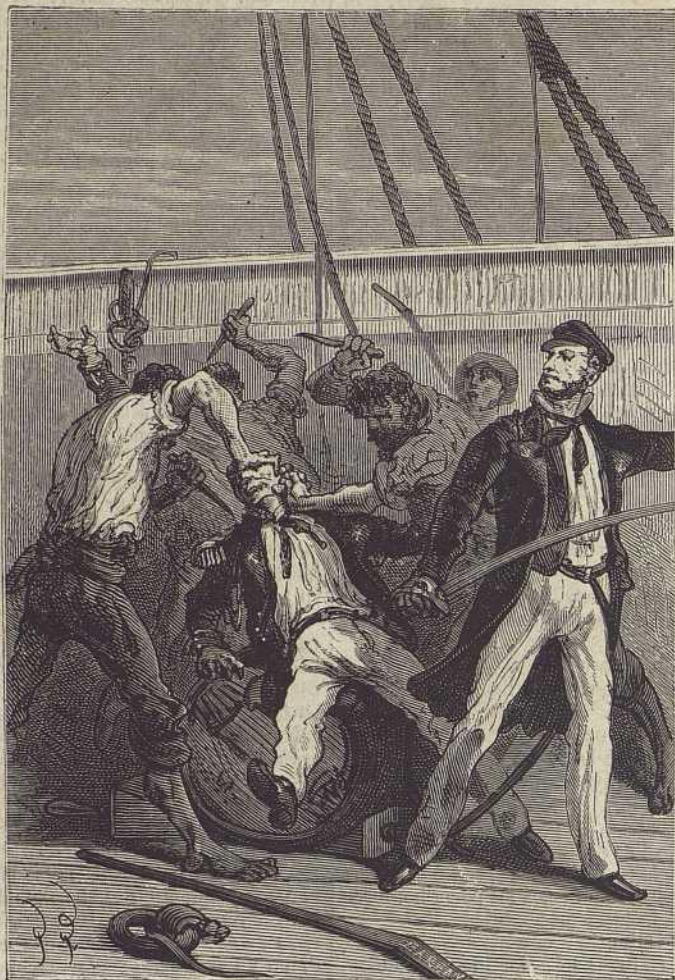
Los dos buques continuaron su marcha, ciñendo el viento y corriendo hacia las playas mejicanas.

Al día siguiente se hallaron á la vista de un islote. Se echaron al mar las lanchas de *El Asia* y de *La Constancia*, y los oficiales, á escepcion del aspirante Pablo y del contra maestre Jacobo, que habian prestado sumision al teniente Martínez, fueron abandonados en aquella costa desierta, de donde pocos dias después tuvieron la fortuna de ser recogidos por un ballenero inglés y trasladados á Manila.

¿Por qué razon, Pablo y Jacobo se habian pasado á las filas de los rebeldes? Es preciso esperar para juzgarles.

Algunas semanas después los dos buques anclaban en la bahía de Monte-rey, al Norte de la baja California. Martínez manifestó sus intenciones al comandante militar del puerto, ofreciendo entregar á Méjico, que no tenía marina, los dos buques españoles, con sus municiones y armamento de guerra y poner sus tripulaciones á disposicion de la confederacion mejicana. En cambio, esta debía pagarles todos los atrasos que tenían desde su salida de España.

A estas proposiciones respondió el gobernador, declarando, que no tenía poderes suficientes para tratar é invitando á Martínez á pasar á Méjico, donde por sí mismo podria terminar fácilmente el negocio. El teniente siguió el consejo que se le daba, y dejando *El Asia* en Monte-rey, después de un mes dedicado á los placeres, volvió á hacerse á la mar con *La Constancia*. Pablo, Jacobo y José formaban parte de la tripulación, y el bergantín, viento en popa, forzó velas para llegar lo mas pronto posible al puerto de Acapulco.



¡Muera el comandante! respondió Martínez.

II.

DE ACAPULCO A PIGUALÁN.

De los cuatro puertos que Méjico tiene en el Océano Pacífico, San Blas, Zacatula, Tehuantepez y Acapulco, este último es el que ofrece mas recursos para los buques. La ciudad, mal construida, es además mal sana: pero en cambio la rada es segura y podría contener fácilmente cien buques. Altos peñascos abrigan á las embarcaciones de todas partes y forman un puerto tan tranquilo, que un extranjero que llegase por tierra le creería un lago encerrado en un circuito de montañas.

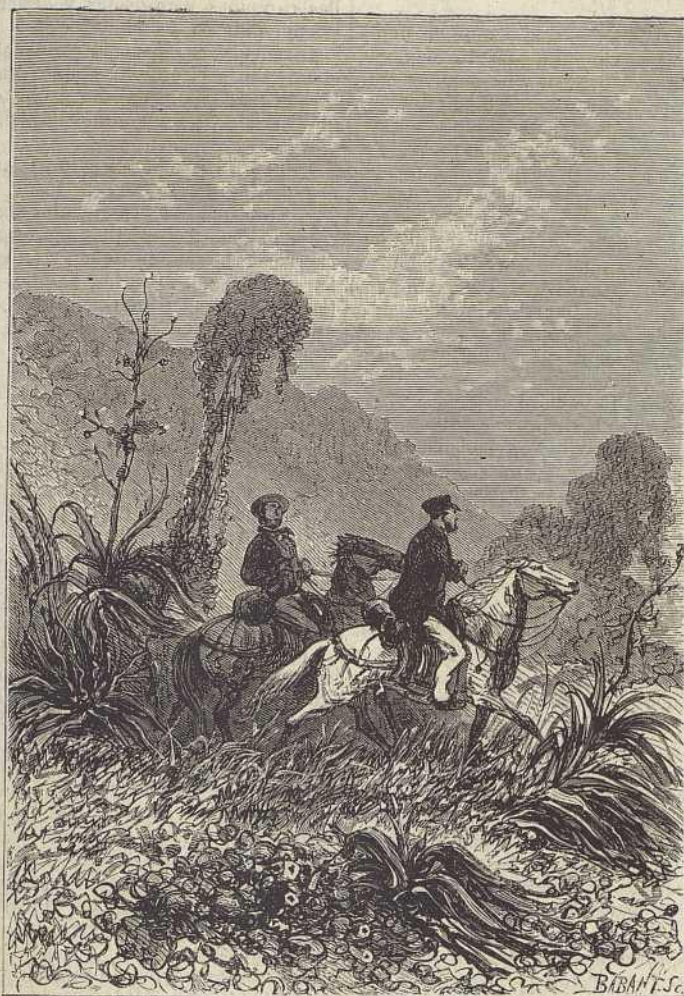
Acapulco en aquella época estaba protegido por tres bastiones, que le flanqueaban á la derecha, y la entrada de la rada estaba defendida por una batería de siete piezas, que en caso de necesidad podían cruzar en ángulo recto sus fuegos con los del fuerte de Santiago. Este, provisto de treinta piezas de artillería dominaba la rada entera, y desde él podía

echarse á pique indudablemente todo buque que intentara forzar la entrada del puerto.

La ciudad no tenía, pues, nada que temer, y sin embargo se había esparcido en ella un pánico general, tres meses despues de los acontecimientos arriba referidos.

En efecto, el vigía había señalado en alta mar la presencia de un buque. Los habitantes de Acapulco alarmados, y no sabiendo las intenciones de aquel buque sospechoso, se prepararon á todo evento, porque la nueva confederación temía todavía, no sin razón, la vuelta de la dominación española, porque á pesar de los tratados de comercio firmados con la Gran Bretaña, y de la llegada del encargado de negocios de Londres, que había reconocido á la república, el gobierno mejicano no tenía un buque á su disposición para proteger sus costas.

De todos modos, el que estaba á la vista no podía ser mas que un atrevido aventurero, y los vientos del Nordeste, que soplaban ruidosamente en aquellos parajes, desde el equinoccio de otoño hasta la pri-



-Al paso, mi teniente, dijo José sofocado.

mavera, debían tomar rudamente la medida de sus relingas. Los habitantes de Acapulco no sabían, pues, qué imaginar y se preparaban á rechazar el desembarco, cuando el buque tan temible desplegó la bandera de la independencia mejicana.

Al llegar á medio tiro de cañon del puerto *La Constanca*, cuyo nombre podía leerse visiblemente en el espejo de popa, ancló súbitamente; se levantaron las velas sobre las vergas y se destacó de ella una lancha, que en breve llegó al puerto.

El teniente Martínez desembarcó y se dirigió á casa del gobernador, á quien puso al corriente de las circunstancias que allí le conducían. El gobernador aprobó la resolución que había tomado Martínez de pasar á Méjico, para obtener del general presidente de la confederación la ratificación del contrato. Apenas fue conocida esta noticia en la ciudad, estallaron los transportes de alegría. Toda la población acudió á admirar el primer buque de la marina mejicana y vió en su posesión una prueba de la indisciplina española, y un medio de oponerse mas completamente

todavía á nuevas tentativas de sus antiguos dominadores.

Martínez volvió á bordo, y pocas horas despues el bergantín *Constancia* entraba en el puerto y su tripulación se alojaba en las casas de Acapulco, solamente que cuando Martínez pasó lista á su gente se encontró con que Pablo y Jacobo habían desaparecido.

Méjico se caracteriza entre todos los países del globo, por la estension y la altura de la meseta que ocupa su region central. La cadena de las cordilleras, que bajo el nombre general de Andes atraviesa toda la América Meridional, surca el territorio de Guatemala, y á su entrada en Méjico se divide en dos ramas, que accidentan paralelamente los dos lados del territorio. Estas dos ramas no son mas que las vertientes de la inmensa meseta de Anahuac, situada á dos mil quinientos metros sobre los mares inmediatos. Esta sucesion de llanuras, mucho mas estensas y no menos uniformes que las del Perú y de la Nueva Granada, ocupa unas tres quintas partes del país. La cordillera penetrando en la antigua de Méjico,

toma el nombre de Sierra Madre y á las alturas de San Miguel y de Guanajuato, despues de haberse dividido en tres ramales va á perderse en el grado 57 de latitud Norte.

Entre el puerto de Acapulco y la ciudad de Méjico, distante uno de otro ochenta leguas, los accidentes del terreno son menos bruscos y los declives menos abruptos que entre Méjico y Veracruz. El viajero, despues de haber atravesado el terreno que se muestra en las eminencias cercanas al grande Océano, y en el cual está abierto el puerto de Acapulco, no encuentra mas que esas rocas porfíricas á las cuales la industria arranca el yeso, el basalto, el calcáreo primitivo, el estaño, el cobre, el hierro, la plata y el oro. Precisamente el camino de Acapulco á Méjico ofrecia puntos de vista, sistemas particulares de vegetacion, que llamaban ó no llamaban la atencion á dos ginetes que cabalgaban uno junto á otro, pocos dias despues de la llegada al puerto del bergantín *Constancia*.

Eran Martinez y José. El gaviero conocia perfectamente el camino porque habia atravesado muchas veces las montañas del Anahuac. Por eso habian desechado los servicios que les habia ofrecido un guia indio, y montados en escelentes caballos se dirigian hácia la capital de Méjico.

Despues de dos horas de un trote sostenido, que les habia impedido hablar, se detuvieron.

—Al paso, mi teniente, dijo José sofocado. ¡Santa María! preferiria cabalgar durante dos horas en el sobrejuanete, con un golpe de viento del Noroeste.

—Démonos prisa, respondió Martinez. Tú conoces bien el camino, José; tú le conoces:

—Como usted conoce el de Cádiz á Veracruz, y no tendremos que temer la tempestad del golfo ni barras que nos detengan...; pero, vamos al paso.

—Al contrario, tenemos que ir mas de prisa, dijo Martinez, espoleando á su caballo. Me dá qué pensar esa desaparicion de Pablo y de Jacobo. ¿Querrian hacer por sí solos el contrato y robarnos nuestra parte?

—¡Por Santiago! no faltaria mas que eso, respondió el gaviero. ¡Robar á los ladrones como nosotros!

—¿Cuántos dias de camino hay de aquí á Méjico? preguntó Martinez.

—Cuatro ó cinco, mi teniente. Un paseo: pero vamos al paso; ya ve usted que el terreno se va elevando sensiblemente.

En efecto, en la llanura se mostraban ya las primeras ondulaciones de las montañas.

—Nuestros caballos no están herrados, añadió el gaviero, deteniéndose, y los cascos se les desgastan pronto en estas rocas de granito. En fin, no digamos mal del suelo porque esconde oro en sus entrañas, aunque le pisemos, eso no quiere decir que le despreciemos.

Los dos viajeros habian llegado á una pequeña eminencia grandemente sombreada por palmeras de abanico, nopales y sauces mejicanos. A sus pies se ostentaba una vasta llanura cultivada, en donde la hermosa vegetacion de las tierras calientes se ofrecia á sus ojos. A la izquierda un bosque de caobos cortaba el paisaje; elegantes árboles de pimienta balanceaban sus ramas flexibles al soplo ardiente del Océano Pacifico; campos de cañas de azúcar erizaban la campiña y magnificas plantaciones de algodón agitaban sin ruido sus penachos de seda gris. Acá y allá crecian el volvulo ó la jalapa medicinal y el pimientito colorado con los indigoteros, los cacao y el palo de campeche. Todos los productos variados de la flora tropical, dalias, menzelias, helicantos, irisaban con sus colores aquel terreno maravilloso, que es el mas fértil del territorio mejicano. Toda aquella hermosa naturaleza parecia animarse bajo los rayos ardientes

que le enviaba á torrentes el sol; pero tambien bajo aquel insoportable calor los habitantes se retorcian entre los ataques de la fiebre amarilla. Por esto aquellas campiñas inanimadas y desiertas permanecian sin movimiento y silenciosas.

—¿Qué cerro es ese que se levanta delante de nosotros en el horizonte? preguntó Martinez á José.

—El cerro de la Brea, y está apenas mas elevado que la llanura, respondió desdeñosamente el gaviero.

Es la primera eminencia importante de la inmensa cadena de las cordilleras.

—Apresuremos el paso, dijo Martinez, dando el ejemplo. Nuestros caballos son originarios de las haciendas del Norte de Méjico y en sus carreras por la llanura están habituados á estas desigualdades del terreno. Aprovechémonos de los declives del camino, salgamos de esta inmensa soledad, que para mí no tiene nada de agradable.

—¿Por ventura, el teniente Martinez, tendrá remordimiento? preguntó José, encogiéndose de hombros.

—¡Remordimiento!... No...

Martinez cayó en un silencio absoluto, y ambos marcharon al trote rápido de sus cabalgaduras. Llegaron al cerro de la Brea, que atravesaron por senderos abruptos, á orilla de precipicios, que sin embargo no eran todavía los insondables abismos de la Sierra Madre; y despues de haber bajado la pendiente opuesta se detuvieron, para dar descanso á sus caballos.

El sol iba á desaparecer del horizonte, cuando Martinez y su compañero llegaron á la aldea de Ciguan. Esta aldea no se componia sino de algunas cabañas habitadas por pobres indios de los que se llaman mansos, dedicados á la agricultura. Los indigenas sedentarios son en general muy perezosos, porque para mantenerse no tienen que hacer mas que recoger las riquezas que les prodiga aquella fecunda tierra. Así su holgazaneria les distingue habitualmente, tanto de los indios que habitan las llanuras superiores, y á quienes la necesidad ha hecho industriosos, como de los nómadas del Norte, que viviendo de depredaciones y rapiñas, no han tenido nunca moradas fijas.

Los dos españoles no recibieron en aquella aldea sino una hospitalidad muy mezquina. Los indios, viendo en ellos sus antiguos opresores, se mostraron poco dispuestos á servirles.

Además, antes que ellos habian atravesado la aldea otros dos viajeros y se habian llevado el poco alimento que habia disponible.

El teniente y el gaviero no fijaron la atencion en esta particularidad, que por otra parte no tenia nada de extraordinario.

Se abrigaron, pues, en una especie de cabaña y prepararon para su comida una cabeza de carnero en estofado. Abrieron un agujero en tierra, y despues de haberle llenado de carbones encendidos y de guijarros á propósito para conservar el calor, dejaron que se consumiera el combustible, y sobre las cenizas ardientes pusieron sin ninguna preparacion la carne rodeada de hojas aromáticas, cubriéndolo todo herméticamente con ramas y tierra apisonada. Poco tiempo despues la cena estaba dispuesta y la devoraron como hombres á quienes un largo camino habia abierto el apetito. Terminada la cena se tendieron en el suelo con el puñal en la mano, y siendo mayor el cansancio que la dureza de la cama y que la picadura incesante de los mosquitos, no tardaron en dormirse.

Sin embargo, Martinez repitió varias veces en un sueño agitado los nombres de Pablo y de Jacobo, en cuya desaparicion pensaba constantemente.

III.

DE FIGUALAN Á TASCO.

Al día siguiente los caballos estaban ensillados y embriados al amanecer. Los viajeros, penetrando por las sendas medio borradas que serpenteaban delante de ellos se lanzaron hacia el Este. Su viaje se anunciaba bajo auspicios favorables, y sin el aire taciturno del teniente que contrastaba con el buen humor del gaviero, se les hubiera tomado por los hombres mas honrados del mundo.

El terreno iba subiendo cada vez mas. La inmensa llanura de Chilpanzingo donde reina el mas hermoso clima de Méjico no tardó en desarrollarse hasta los límites extremos del horizonte. Aquel país, que pertenece á las tierras templadas, está situado á mil quinientos metros sobre el nivel del mar y no conoce ni el calor de las tierras inferiores, ni el frio de las zonas elevadas. Pero dejando este oasis á la derecha, los dos españoles llegaron á la aldea de San Pedro, y despues de tres horas de descanso, volvieron á emprender el camino, dirigiéndose hacia la pequeña poblacion de Tudela del Rio.

—¿Dónde dormiremos esta noche? preguntó Martínez.

—En Tasco, respondió José, que comparada con estas aldeas es una gran ciudad.

—¿Encontraremos una buena posada?

—Sí, señor, y un hermoso cielo y buen clima. Allí el sol es menos ardiente que á orillas del mar y subiendo siempre, llega uno gradualmente, casi sin saberlo, á helarse en las cimas del Popocatepetl,

—¿Cuándo pasaremos las montañas, José?

—Pasado mañana por la noche, mi teniente. Desde su cima, aunque muy á lo lejos, veremos el término de nuestro viaje. Méjico es una ciudad magnífica. ¿Sabe usted en qué pienso, mi teniente?

Martínez no respondió.

—Estoy pensando lo que habrá sido de los oficiales del navío y del bergantín, á quienes hemos abandonado en el islote.

Martínez se estremeció.

—No lo sé..., respondió con voz sorda.

—Me lisonjeo, continuó José, de que esos altivos personajes habrán muerto todos de hambre. Por lo demás, cuando les hemos desembarcado, algunos han caído al mar y hay en esos parajes una especie de tiburon, la tintórea, que no perdona á nadie. ¡Santa María! si el capitán Ortega resucitara, sería el caso de escondernos en el vientre de una ballena. Pero, por fortuna se encontró á la altura de la botavara y cuando los escotes se rompieron tan singularmente...

—¿Te callarás! exclamó Martínez.

El marinero cerró sus labios, diciendo interiormente.

—¿Vaya unos escrúpulos oportunos!

Despues dijo en voz alta: A mi vuelta me fijaré en este hermoso país de Méjico, donde se corren bordadas al través de las ananas y las bananas, y se encalla en arrecifes de oro y de plata.

—¿Para eso has hecho traición á tu bandera? preguntó Martínez.

—¿Para qué habia de ser, mi teniente? Asunto de doblones.

—¿Ah! dijo Martínez, con disgusto.

—¿Y usted? preguntó José.

—Para mí..., ha sido asunto de gerarquía. El teniente queria, ante todo, vengarse del capitán.

—¿Ah! dijo José, con desprecio.

Aquellos dos hombres estaban á la misma altura uno de otro, cualquiera que fuesen los móviles que les habian inducido á la traicion.

—¡Silencio! dijo Martínez, deteniéndose de repente. ¿Qué hay allí?

José se levantó sobre los estribos.

—No hay nadie, respondió.

—He visto un hombre que desaparecia rápidamente, dijo Martínez.

—Imaginacion.

—Te digo que le he visto, repuso el teniente, con impaciencia.

—Pues bien, búsquele usted.

Y José continuó su camino.

Martínez se adelantó solo hacia un bosque de esos manglares, cuyas ramas echan raices cuando tocan al suelo y forman espesuras impenetrables.

Allí echó pié á tierra. La soledad era completa.

De repente observó una especie de espiral que se movia en la oscuridad. Era una serpiente de pequeña especie, que tenia la cabeza aplastada bajo una peña y retorcia la parte posterior del cuello como si hubiese estado galvanizada.

—Alguno ha pasado por aquí, exclamó el teniente supersticioso y culpable, mirando á todas partes y estremeciéndose. ¿Quién será? ¿Quién será?

—Le ha encontrado usted, preguntó José, que habia vuelto en busca de su compañero.

—No hay nadie, respondió Martínez.

En marcha.

Los viajeros costearon entonces las orillas del Mexala, pequeño afluente del rio Balsas, por cuya margen subieron. Pronto el humo que salia de algunas cabañas anunció la presencia de indigenas, y la pequeña poblacion de Tudela del Rio se presentó á su vista; pero querian llegar lo mas pronto posible á Tasco y entrar en ella antes de la noche, por lo cual no permanecieron en ella sino para tomar algunos instantes de reposo.

El camino iba siendo escabroso y por consiguiente sus cabalgaduras tuvieron que marchar al paso la mayor parte del tiempo. Acá y allá se presentaban bosques de olivos en las alturas de los montes, manifestándose notable diferencia en el terreno, en la temperatura y en la vegetacion.

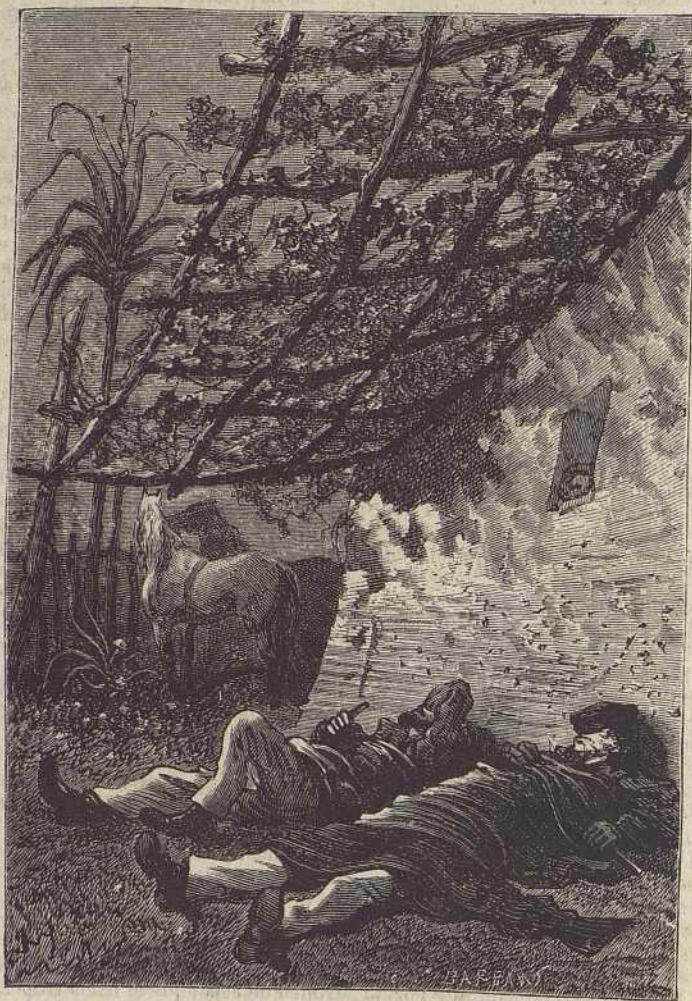
No tardó en caer la noche. Martínez seguia á pocos pasos detrás de su guía José, el cual se orientaba con trabajo entre aquellas tinieblas espesas, buscaba los senderos practicables, maldiciendo ya contra un tronco de árbol que le hacia tropezar, ya contra una rama que le azotaba el rostro y amenazaba apagar el excelente cigarro que iba fumando.

El teniente dejaba á su caballo seguir al de su compañero. Agitado de vagos remordimientos no se explicaba la opresion de que era víctima.

En medio de la oscuridad apresuraron el paso; atravesaron sin detenerse las aldeas de Contepec y de Iguala y llegaron á la ciudad de Tasco.

José tenia razon: era una gran ciudad comparada con las miserables aldeas que habian dejado atrás. Una especie de posada se hallaba situada en la calle mas ancha, y en ella, despues de haber entregado los caballos á un mozo, encontraron una sala principal, donde habia una mesa larga y estrecha con la cena dispuesta.

Sentáronse á la mesa uno enfrente de otro y acometieron con una cena que hubiera sido suculenta para paladares indigenas, pero que solo á causa del hambre podia ser soportable para paladares europeos. Componíase de menudillos de gallina nadando en una salsa de pimienta verde; arroz guisado con pimienta rojo y azafran, aves aderezadas con aceitunas, cebolletas, verdolagas y garbanzos, todo acompañado de pasas y tortas de maiz. Despues de la cena les sirvieron de beber, y al fin, una vez satisfecha el hambre, el cansancio no tardó en conciliarles el sueño, que les duró hasta una hora avanzada del día.



Terminada la cena se tendieron en el suelo con el puñal en la mano.

IV.

DE TASCO Á CUERNAVACA.

El teniente fue el primero que despertó.

—José, en marcha, dijo.

El gaviero estendió los brazos.

—¿Qué camino tomaremos? preguntó Martínez.

—Conozco dos, mi teniente.

¿Cuáles?

—Uno que pasa por Zacualican, Tenancingo y Toluca. De Toluca á Méjico el camino es hermoso, porque ya se ha pasado la Sierra Madre.

—¿Y el otro?

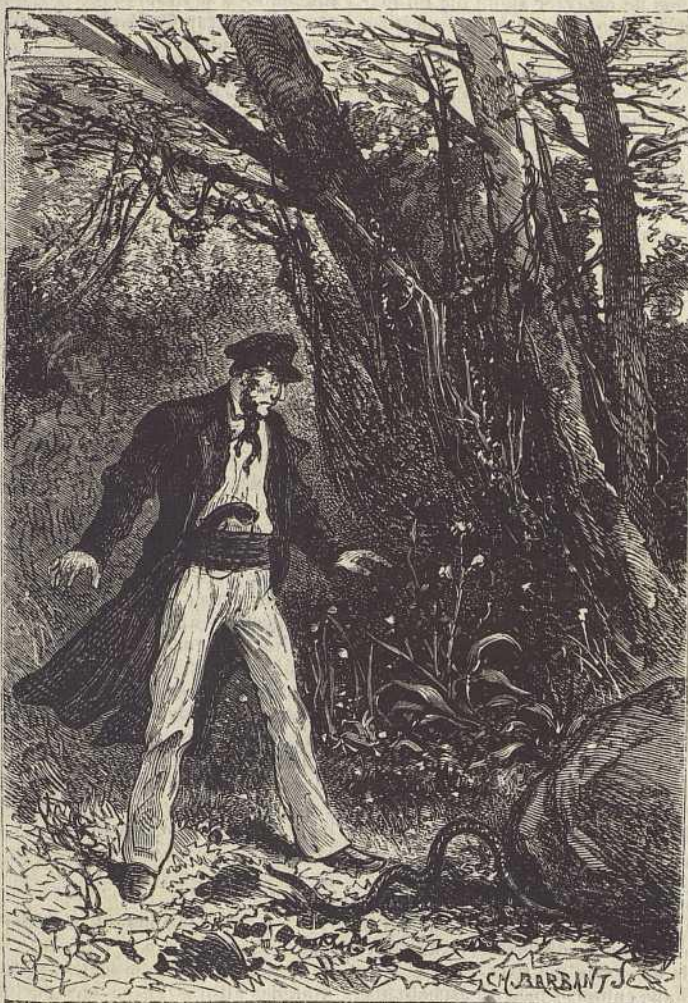
—El otro nos aparta un poco hácia el Este, pero tambien pasamos cerca de las hermosas montañas de Gopocatepelt y de Ictacihualt. Este es el camino mas seguro por ser el menos frecuentado. Es un paseo de unas quince leguas por un plano inclinado.

—Elijo el camino mas largo, dijo Martínez: marchemos; ¿dónde dormiremos esta noche?

—Si hacemos doce nudos, en Cuernavaca, respondió el gaviero.

Los dos españoles pasaron á la caballeriza, hicieron ensillar los caballos, llenaron las alforjas de galletas de maiz, granadas y carne seca, porque en los montes corrian peligro de no encontrar alimento suficiente; y pagado el gasto de la posada montaron á caballo y salieron, tomando el camino de la derecha.

Por primera vez vieron encinas, árbol de buen agüero, al pié del cual se detienen las emanaciones mal sanas de las llanuras inferiores. En aquellos parajes, situados á mil quinientos metros sobre el nivel del mar, las producciones importadas desde la conquista, se mezclaban con la vegetacion indígena. Campos de trigo se ostentaban en aquel fértil oasis, donde crecen todos los cereales europeos. Los árboles del Asia y de la Europa entremezclaban sus hojas; las flores del Oriente esmaltaban las verdes praderas unidas á las violetas, á la verbena y á las margaritas de las zonas templadas, algunos arbustos resinosos accidentaban acá y allá el paisaje y perfu-



Martin se adelantó solo hácia un bosque....

maban el ambiente las suaves emanaciones de la vainilla, protegida por la sombra del amiris y del liquibambar. Así los dos aventureros respiraban con delicia en aquella temperatura media de 20 á 22 grados, comun á las zonas de Jalapa y de Chilpancingo, que se comprende bajo la denominacion de Tierras Templadas.

Martínez y su compañero iban, sin embargo, subiéndolo cada vez mas por la llanura del Anahuac, y atravesando las inmensas barreras que forman la meseta de Méjico.

—¡Ah! exclamó José, aquí tenemos el primero de los tres torrentes que debemos atravesar.

En efecto, un río perfectamente encajonado corría por delante de los viajeros.

—En mi último viaje este torrente estaba seco, dijo José. Sigame usted, mi teniente.

Ambos bajaron por una cuesta bastante suave, entre las rocas y llegaron á un vado fácilmente practicable.

—Ya va uno, dijo José.

—¿Son igualmente vadeables los otros? preguntó el teniente.

—Igualmente, respondió José. Cuando en la estación de las lluvias crecen estos torrentes, desembocan en el río de Ixtolma, que encontraremos en las grandes montañas.

—¿No tenemos nada que temer en estas soledades?

—Nada; como no sea el puñal mejicano.

—Es verdad, respondió Martínez. Estos indios de los países elevados son fieles al puñal por tradición.

—Por eso, dijo el gaviro, riéndose tienen una multitud de palabras para designar su arma favorita: estoque, verduguiño, puñal, cuchillo, beldoque, navaja. El nombre acude á sus labios con tanta frecuencia como el puñal á sus manos. Pero tanto mejor, por ; Santa Maria! á lo menos no tendremos que temer las balas invisibles de las largas carabinas. Nada mas incómodo que ignorar quién es el bribon que trata de matarnos.

—¿Cuáles son los indios que habitan estas montañas? preguntó Martínez.

—¿Quién puede contar las diferentes razas que se multiplican en este redorado de Méjico? Diré á usted todos los cruzamientos que he estudiado cuidadosamente, con intencion de contraer algun día un matrimonio ventajoso. Aquí se encuentran: el mestizo, producto de un español y una india; el castizo, hijo de una mujer mestiza y de un español; el mulato, de una española y de un negro; el morisco, hijo de una mulata y de un español; el alvino, nacido de una morisca y de un español; el salto-atrás, hijo de un alvino y de una española; el tintin-claro, de un salto-atrás y de una española; el lobo, nacido de una india y de un negro; el carilujo, hijo de una india y de un lobo; el larsino, hijo de un lobo y de una mulata; el grifo, hijo de una negra y de un lobo; el albarazado, hijo de una loba y de un indio; el chanzino, hijo de una mestiza y de un indio.

José decía verdad, y la pureza de las razas muy problemática en aquellos países dificulta grandemente los estudios antropológicos. Pero á pesar de la conversacion científica del gaviero, Martinez continuaba taciturno y á veces se apartaba de su compañero, cuya presencia parecia molestarle.

En breve hallaron cortado el camino por otros dos torrentes, y allí el teniente, que contaba dar de beber á su caballo se encontró chasqueado, viendo que los lechos estaban secos.

Estamos como en calma ebicha, sin brisa y sin agua, sin teniente, dijo José. Pero, sígame usted, buscaremos entre estas encinas y estos olmos un árbol que se llama el *ahuehuelt*, y que reemplaza ventajosamente á los haces de paja con que se adornan las paredes de las posadas. Bajo su sombra se encuentra siempre un manantial y aunque sea de agua, puedo decir á usted, que el agua es el vino del desierto.

Dieron vuelta á los peñascos y pronto encontraron el árbol que buscaban. Pero la fuente estaba agotada y aún se veía que lo había sido recientemente.

—Es singular, dijo José.

—¿No es verdad, que es singular? dijo Martinez, poniéndose pálido. En marcha, en marcha.

Los viajeros no cruzaron entre sí ni una palabra hasta la aldea de Cacahuimilchan. Allí desocuparon un poco sus alforjas y luego se dirigieron hasta Cuernavaca, tomando la direccion del Este.

El país se presentaba entonces bajo un aspecto mas escabroso y hacian presentir los picos gigantescos, cuyas cimas basálticas detienen las nubes procedentes del Grande Océano.

A la vuelta de una inmensa roca apareció á su vista el fuerte de Cochicalchó, levantado por los antiguos mejicanos y cuya meseta tiene 9,000 metros cuadrados. Los viajeros se dirigieron hácia el cono inmenso que forma su base, y que estaba coronado de rocas oscilantes y de ruinas amenazadoras.

Después de haber echado pié á tierra y atado sus caballos al tronco de un álamo, deseosos de averiguar la direccion del camino, treparon á la cima del cono auxiliados por las asperidades del terreno.

La noche se acercaba, y resistiendo los objetos de contornos incisos, les prestaban formas fantásticas. El antiguo fuerte se parecia á un enorme bisonte echado sobre sus cuatro patas con la cabeza inmóvil; y la mirada inquieta de Martinez creia ver sombras agitarse sobre el cuerpo del monstruoso animal. Guardó silencio sin embargo, para no dar motivo á las burlas del incrédulo José. Este se aventuraba lentamente, al través de los senderos de la montaña, y cuando desaparecia detrás de alguna anfractuosidad, su compañero se guiaba por el ruido de sus exclamaciones y de sus voces.

De repente, una enorme ave nocturna, lanzando un grito ronco se levantó pesadamente sobre sus anchas alas.

Martinez se detuvo.

Una enorme roca oscilaba visiblemente sobre su base á 30 pies por cima de su cabeza. De repente aquella roca se desprendió, y rompiéndolo todo á su paso, con la rapidez y el ruido del rayo, fué á hundirse en el abismo.

—¿Santa María! exclamó el gaviero.

—¿Hola, mi teniente!

—¿José!

—¿Por aquí!

Los dos españoles se encontraron reunidos.

—¿Qué avalancha! Bajemos, dijo el gaviero.

Martinez le siguió sin decir una palabra, y ambos llegaron en breve á la meseta inferior.

Allí, un ancho surco marcaba el paso de la roca.

—¿Santa María! exclamó José. Nuestros caballos han desaparecido; muertos, aplastados por la roca.

—¿Será verdad! dijo Martinez.

—Véalo usted.

El árbol al cual habian estado atados los dos animales habia sido, en efecto, arrastrado con ellos por el enorme peñasco.

—¿Si hubiéramos estado á caballo!... dijo filosóficamente el gaviero.

Martinez estaba poseido de un inmenso terror.

—¿La serpiente, la fuente, la avalancha! murmuró.

De repente, con los ojos estraviados, se lanzó sobre José.

—¿No acabas de habiar del capitán Ortega! exclamó colérico y apretando los dientes.

—No hagamos locuras, mi teniente. Saludemos por última vez á nuestras cabalgaduras muertas y en marcha. No es bueno permanecer aquí cuando la vieja montaña sacude sus crestas.

Los dos españoles tomaron el camino sin decir una palabra, y en medio de la noche llegaron á Cuernavaca; pero les fue imposible proporcionarse caballos, y á la mañana siguiente se dirigieron á pié hácia la montaña de Popocatepetl.

V.

DE CUERNAVACA Á POPOCATEPETL.

La temperatura era fria y la vegetacion nula. Aquellas alturas insensibles pertenecen á las zonas glaciales llamadas tierras frias (*), y los abetos de las regiones brumosas mostraban sus perfiles secos entre las últimas encinas de aquellos climas elevados y los manantiales eran cada vez mas raros en aquellos terrenos, compuestos de traquitos hendidos, y de amigdaloides porosos.

Hacia seis horas largas que el teniente y su compañero marchaban penosamente, desgarrándose las manos en las aristas de las rocas y los pies en los guijarros agudos del camino. Pronto la fatiga les obligó á sentarse, y José se ocupó en preparar algun alimento.

—¿Qué diabólica idea la de no tomar el camino ordinario! murmuró.

Ambos esperaban encontrar en Caracopistla, aldea enteramente perdida en las montañas, algun medio de transporte para terminar su viaje; pero su desengaño fue grande al hallar en todas partes el mismo abandono, la misma falta absoluta de todo y la misma inhospitalidad que en Cuernavaca. Era preciso, sin embargo, llegar á Méjico.

Poco después se levantaba delante de ellos el inmenso cerro de Popocatepetl, de tal altura, que la

(*) Cuernavaca es precisamente el límite que separa la tierra fria de la tierra caliente, siendo la capital mas importante del Estado del Sur y su clima mas templado que el de esta provincia mejicana. Mas al Norte es donde principia la tierra fria.

vista se perdía en las nubes, buscando la cima de aquel monte. El camino era de una aridez extrema; por todas partes se abrían insondables precipicios entre las escabrosidades del terreno y los senderos vertiginosos parecían oscilar bajo los pies de los viajeros. Para hallar el camino les fue preciso subir una parte de aquella montaña de 5,400 metros de altura, que llamada la *Roca humeante* por los indios, lleva todavía las señales recientes de explosiones volcánicas.

Oscuros barrancos surcaban sus pendientes enhiestas, que desde el último viaje del gaviero José, nuevos cataclismos habían trastornado aquellas soledades haciéndolas desconocidas para él. Perdiase, pues, en medio de senderos impracticables y á veces se detenía prestando el oído, porque al través de las hendiduras del enorme cono corrían acá y allá sordos rumores.

Ya el sol declinaba sensiblemente. Gruesas nubes hacían la atmósfera mas oscura; la lluvia y la tempestad, fenómenos frecuentes en aquellos parajes, donde la elevación del terreno auxilia la evaporación del agua, amenazaban estallar de un momento á otro. Toda especie de vegetación había desaparecido en aquellas rocas cuyas cimas se pierden en las nieves eternas.

—No puedo mas, dijo al fin José, tendiéndose fatigado en el suelo.

—Marchemos, respondió el teniente Martínez, con impaciencia febril.

Algunos truenos resonaron entre los barrancos del Popocatepetl.

—¿Qué el diablo me confunda si encuentro el camino en medio de este laberinto! exclamó José.

—Levántate y marchemos, respondió bruscamente Martínez.

Y obligó á José á seguir el camino tropezando.

—¿Y no encontrar un sér humano que nos guíe! murmuró el gaviero.

—Tanto mejor, dijo el teniente.

—¿No sabe usted que todos los años se cometen mil asesinatos en Méjico y que estos parajes no son seguros?

—Tanto mejor, añadió Martínez.

Grandes gotas de lluvia brillaban acá y allá, sobre las rocas iluminadas por los últimos resplandores del cielo.

—¿Qué veremos luego que hayamos atravesado los picos que nos rodean? preguntó el teniente.

—Méjico á la izquierda, Puebla á la derecha, respondió José, si es que vemos alguna cosa. Pero, no distinguiremos nada. La oscuridad es completa. Delante de nosotros tendremos la montaña de Ictacihualt y en el valle el buen camino. Pero no llegaremos nunca, voto al diablo.

—Marchemos.

José decía la verdad. La meseta de Méjico está encerrada en un inmenso cuadro de montañas. Es un gran valle oval de diez y ocho leguas de largo, doce de ancho y sesenta y siete de circunferencia, rodeado de altas eminencias entre las cuales se distinguen al Sudoeste el Popocatepetl y el Ictacihualt. El viajero, cuando ha llegado á la cima de estas barreras no experimenta ya dificultad ninguna para bajar á la llanura de Anahuac, y dirigiéndose hácia el Norte, el camino es bueno hasta Méjico. Al través de largas calles de olmos y álamos se admiran los cipreses, plantados por los reyes de la dinastía Azteca, y los esquinos, semejantes á los sauces, llorones de Occidente. Acá y allá tierras labradas y jardines en flor, ostentan sus productos y los manzanos, los granados y los cerezos respiran sus anchas bajo aquel cielo azul oscuro, que forma el aire seco y perfumado de las alturas terrestres.

Los truenos se repetían entonces con gran violencia

de la montaña y callándose á veces la lluvia y el viento los ecos de la tempestad se hacían mas sonoros.

José juraba á cada paso. El teniente Martínez, pálido y silencioso, dirigía miradas feroces á su compañero, que se le presentaba como un cómplice, á quien hubiera querido hacer desaparecer.

De repente un relámpago iluminó la oscuridad. El gaviero y el teniente estaban al borde de un abismo.

Martínez se adelantó con viveza hácia José, le puso la mano en el hombro, y cuando se apagó el ruido del trueno, le dijo:

—José, tengo miedo.

—¿De la tempestad?

—No temo la tempestad del cielo, dijo, sino la tempestad que se desencadena en mi alma.

—¿Ah! ¿Todavía piensa usted en Ortega?...

Vamos, teniente, no me haga usted reír, replicó José, que no se reía porque Martínez tenía los ojos estraviados al mirarle.

Entonces resonó un trueno formidable.

—¿Cállate, José, cállate! exclamó Martínez, que no parecía dueño de sí.

—Buena noche ha escogido usted para predicar un sermón, dijo el gaviero. Si tiene usted miedo tápese los ojos y los oídos.

—Me parece, exclamó Martínez, que veo al capitán Ortega con la cabeza rota... ¡Allí!... ¡Allí!

Una sombra negra iluminada por una luz blanquecina se levantó á veinte pasos del teniente y de su compañero.

En el mismo instante José vió á su lado á Martínez, pálido, desenchajado, siniestro, con el brazo armado de un puñal.

—¿Qué significa esto? exclamó.

Un relámpago envolvió á los dos en su claridad.

—¡Socorro! exclamó José...

Un instante después no había mas que un cadáver en aquel sitio. Martínez, nuevo Cain, huía en medio de la tempestad con el arma ensangrentada en la mano.

Detrás de Martínez dos hombres se detuvieron y se inclinaron sobre el cadáver del gaviero, diciendo:

—¡Y va uno!

Martínez erraba, como un loco, al través de las oscuras soledades, corriendo con la cabeza desnuda y humedecida por la lluvia que caía á torrentes.

¡Socorro! ¡Socorro! ahullaba, tropezando en las rocas resbaladizas.

De repente oyó el ruido de un torrente en lo profundo de un barranco. Miró; era el pequeño río de Ixtoluca, que se precipitaba á quinientos pies de profundidad.

A pocos pasos sobre el torrente mismo había un puente, formado de cuerdas de ayave, el cual, mantenido á las dos orillas por algunas estacas hundidas entre las rocas, oscilaba al viento como un hilo tendido en el espacio.

Martínez, asiéndose de las lianas se adelantó, arastrándose por el puente, y á fuerza de energía llegó hasta la orilla opuesta...

Allí, una sombra se levantó delante de él.

Retrocedió sin decir una palabra y se acercó á la otra orilla que acababa de dejar.

Allí también se le apareció otra forma humana.

Volvió de rodillas hasta el medio del puente con las manos crispadas por la desesperación.

—¡Martínez, yo soy Pablo! dijo una voz.

—¡Martínez, yo soy Jacobo! dijo otra voz.

—¡Tú has hecho traición á tu patria y vas á morir!

—Tú has asesinado... ¡Vas á morir!

Oyéronse dos golpes secos.

Las estacas que sostenían los dos extremos del puente cayeron bajo los golpes del hacha.



Martínez, con las manos tendidas al aire libre, fue precipitado al abismo.

Oyóse un horrible rugido, y Martínez, con las manos tendidas al aire, fue precipitado al abismo.

Una legua mas abajo el aspirante y el contra maestre se reunieron, despues de haber vadeado el rio Ixtoluca.

--He vengado al capitan Ortega, dijo Jacobo,

--Y yo, respondió Pablo, he vengado á España.

Así nació la marina de la confederacion mejicana. Los dos buques españoles entregados por los traidores quedaron al servicio de la nueva república y fueron el núcleo de la pequeña escuadra, que despues disputó los territorios de Tejas y de California á los buques de los Estados-Unidos.

FIN DEL DRAMA EN MÉJICO.

INDICE.

LOS AMOTINADOS DE LA BOUNTY.

CAPITULO PRIMERO.	—	El abandono.	Pág.	5
II.	—	Los abandonados.		7
III.	—	Los amotinados.		41

UN DRAMA EN MEJICO.

CAPITULO PRIMERO.	—	De la isla de Guajan á Acapulco.	Pág.	17
II.	—	De Acapulco á Pigualan.		20
III.	—	De Pigualan á Tasco.		23
IV.	—	De Tasco á Cuernavaca.		24
V.	—	De Cuernavaca á Popocatepelt.		26

GASPAR, EDITORES, MADRID.

HISTORIA UNIVERSAL

POR
CÉSAR CANTÚ,

TRADUCIDA DEL ITALIANO

ANOTADA Y CONTINUADA HASTA NUESTROS DIAS

POR

DON NEMESIO FERNANDEZ CUELTA.

EDICION HECHA EN VISTA DE LA ÚLTIMA DE TURIN, ADORNADA CON LÁMINAS GRABADAS EN ACERO QUE REPRESENTAN PASAJES DE LA NARRACION, VISTAS, RETRATOS, ETC., Y MAPAS DE LOS PAISES MAS IMPORTANTES ANTIGUOS Y MODERNOS.

OBRA TERMINADA.

Hace poco con el reparto de la série 103 terminó esta grande obra la cual se compone de diez gruesos volúmenes. Los suscritores por tomos recibieron el décimo y último que consta de 11 séries y contiene catorce láminas.

Los que estuvieren atrasados en el recibo de sus respectivas entregas, podrán completar la obra sirviéndose pasar aviso á esta casa y manifestar lo que les falta para el completo de la publicacion y la manera en que quieran recibir el resto, ya por séries, ya por tomos.

Al terminar la publicacion de obra tan importante, cumple á los editores recordar las condiciones de esta nueva edicion, aunque no sea mas que para demostrar que se han llenado todas las esperanzas que el prospecto, que de ella se repartió, pudo hacer concebir.

La primera edicion se hizo con arreglo á la sétima italiana, que era la mas completa de las publicadas hasta entonces (1854). El traductor la aumentó con interesantísimas notas aclaratorias, principalmente en lo que toca á nuestra patria, y con documentos curiosos é importantes. El gran mérito de la obra, la justa fama de que como historiador goza César Cantú; la esmerada traduccion; los grabados y láminas que la enriquecen, hicieron considerar nuestra edicion como un trabajo perfecto en lo posible.

No obstante esta perfeccion, desde la primera edicion hasta la segunda, habian trascurrido veinticinco años. Era necesario completar la obra que el au-

tor no habia llevado sino hasta 1850, contentándose en las últimas ediciones con apuntar solamente algun suceso histórico de mayor trascendencia. Y sin embargo, en estos veinticinco años, ¡qué de cambios y de movimientos han ocurrido en el mundo! El levantamiento y caída de dos imperios; la unidad italiana y la unidad alemana realizadas; la trasformacion de Estados absolutos en Estados constitucionales; la abolicion de la esclavitud en la América del Norte y en las colonias españolas; las asombrosas invenciones de los últimos tiempos; las exposiciones universales; el gran vuelo adquirido por la industria y las artes. Todo esto era necesario tenerlo presente para poner la nueva edicion al alcance de las necesidades intelectuales, que esta obra estaba llamada á satisfacer; y de todo esto el traductor ha hecho, siguiendo la misma forma y método por el autor trazados, una narracion y una exposicion claras, sucintas y comprensivas en los tomos correspondientes.

Bajo este punto de vista, la nueva edicion sale grandemente mejorada. La narracion en el tomo VI, se lleva hasta la conclusion de la guerra civil española, habiéndose añadido todo un libro de treinta y cinco capítulos; y en los tomos siguientes se han hecho importantísimas adiciones, entre ellas las de los últimos tratados de paz y comercio y los estudios acerca de las nuevas tendencias de la filosofía contemporánea. Tal es la nueva edicion que ofrecemos al público y que no dudamos merecerá la brillante acogida que tuvo la primera.

CONDICIONES ECONÓMICAS.

Completan las bondades de esta obra sus condiciones económicas, pues ya por su estension, ya por el esmero en la parte tipográfica, ya por sus láminas y grabados, considerado el precio regular de todas las obras, vale esta un doble de aquel á que se vende. Los editores, sin embargo, han querido popularizarla y hacerla asequible á todas las personas; deseo que consiguieron desde la primera edicion, habiendo llegado á ofrecer una obra indispensable en toda biblioteca, y de una adquisicion fácil y cómoda.

ries de ochenta á noventa y seis páginas cada una segun las láminas ó mapas que les corresponden.

Cada série cuesta una peseta en Madrid, y cinco reales, franco de porte, en provincias. La obra toda consta, como hemos dicho, de ciento tres séries.

En Madrid se hace la suscripcion en la librería de Gaspar, editores, Príncipe, 4, en Barcelona en la de Gaspar y Homdedeu y en los demás puntos en las principales librerías ó por medio de los corresponsales de esta casa, ó remitiendo directamente el importe en sellos ó libranzas.

Los que deseen recibir la obra completa de una vez, se servirán pasar el aviso correspondiente acompañando el importe.

Los que deseen recibirla por tomos ó por séries, darán tambien su aviso, indicando los plazos en que se les deban remitir y enviando tambien su importe adelantado.

PRECIO DE SUSCRICION.

La nueva edicion de la HISTORIA UNIVERSAL DE CÉSAR CANTÚ, consta de diez grandes tomos con láminas y mapas grabados en acero, divididos en sé-

EN PUBLICACION.

DICCIONARIO

ENCICLOPEDICO

DE LA LENGUA ESPAÑOLA

con todas las voces, acepciones, frases, refranes
y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno;
las de ciencias, artes y oficios; las notables de historia, biografía, mitología y geografía universal y todas las particulares
de las provincias españolas y americanas.

POR UNA SOCIEDAD DE PERSONAS ESPECIALES

EN LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

LOS SEÑORES DON AUGUSTO ULLOA, FELIX GUERRO VIDAL, FERNANDO FRAGOSO, FRANCISCO MADINA-VEITIA,
ISIDORO FERNANDEZ MONJE, JOSE PLÁCIDO SANSON, JOSE TORRES MENA, JUAN CREUS, JUAN DIEGO PEREZ, LUIS DE ARÉVALO Y GENE,
JUAN SALAS, VENTURA RUIZ AGUILERA, Y VARIOS DE LOS PRINCIPALES ARTISTAS
DE MADRID.

REVISADO

por D. Domingo Fontan, ex-director del Observatorio astronómico de Madrid, catedrático de Matemáticas sublimes,
y autor de la *Gran carta de Galicia*.—D. Facundo Gofi, catedrático de Filosofía y derecho internacional del Ateneo científico
y literario de Madrid.—D. Joaquín Avendaño, inspector general de las escuelas del Reino y autor de varias obras.—D. José Amador de
los Ríos, individuo de la Academia de la Historia y catedrático de Literatura de la Universidad de Madrid.—D. Juan
Bautista Alonso, antiguo abogado del Colegio de Madrid y escritor público.—D. Patricio Filgueira, ingeniero
de Minas, alumno de la Escuela nacional de Minas, Artes y Manufacturas de Bélgica.—D. Pedro Mata,
catedrático de la facultad de Medicina de Madrid y del Ateneo, y autor de varias obras.—D. Rafael
Martínez, doctor en Medicina, licenciado en Ciencias Naturales y reente en Botánica.—D. Tomás
García Luna, catedrático del Ateneo y autor de varias obras.

Y ordenado

POR DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EDICION DE 1878.

ADICIONADO NUEVAMENTE CON UN SUPLEMENTO, COMPRENSIVO DE TODAS LAS VOZES AUTORIZADAS
POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA ÚLTIMA EDICION DE SU DICCIONARIO, Y CON OTRAS VARIAS HASTA UNAS CINCO MIL,
CORRESPONDIENTES Á LA ÍNDOLE ENCICLOPÉDICA DE LA OBRA.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este gran DICCIONARIO consta de dos grandes volúmenes, conteniendo todo 154 entregas. El primer tomo contiene 66 y el segundo 88. Cada entrega es de 16 grandes páginas á 4 columnas. El precio de estas entregas es á real en Madrid y real y cuartillo en provincias, franco el porte. Los repartos se harán por series de 4 entregas cada una, de manera que todo se repartirá en 38 series y media, resultando que cada serie costará 4 rs. en Ma-

dríd y 5 en provincias, franco el porte. Se reparte una cada semana.

En todos los puntos de suscripcion se hallará de muestra la entrega primera, que forma parte de la primera serie, y podrán recibirla en el acto de suscribirse, y se les remitirán las tres entregas restantes de la serie en cuanto se reciba el aviso.

EDICION POPULAR.—25 REALES EN TODA ESPAÑA.



EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Novísima edicion con notas históricas, críticas y gramaticales,
según las de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencin, Hartzenbusch, Cuesta y Janer, etc., etc.
ADICIONADA CON LA VIDA DE CERVANTES Y EL BUSCAPIÉ, ADORNADA CON 300 GRABADOS INTERCALADOS,
LAMINAS SUELTAS Y EL RETRATO DEL AUTOR GRABADO EN ACERO.

Este tomo es el primero de los dos de que constan las obras de Cervantes.

Agotados hace tiempo los ejemplares de la edicion popular que se hizo de la obra inmortal de Cervantes, hemos hecho una nueva con las mismas condiciones de bondad, esmero y baratura que distinguieron á la anterior.

Los señores corresponsales y particulares que han hecho pedidos, serán servidos inmediatamente.



LA VERDAD SOBRE EL QUIJOTE



POR DON NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA

conocido comentador á quien llamaba el malogrado y eminente autor dramático don Luis Eguílaz:
«Confidente de Cervantes y amigo particular de Don Quijote.»

El tomo con el retrato de Cervantes se vende al precio módico de 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.